
**CON MOTIVO DE LA ENTREVISTA AL DECANO
DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA DE LA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA
ARGENTINA
SANTA MARÍA DE LOS BUENOS AIRES**

I

En la edición del diario *La Nación* (28/10/2006), se ha publicado una entrevista realizada por Sebastián Dozo Moreno a Néstor Corona, decano de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires.

En el curso de la misma, el señor decano ha hecho declaraciones que obligan a nuestro Instituto a efectuar una justa crítica, desde la perspectiva de la filosofía cristiana. Ella, como señala Juan Pablo II, es "una especulación filosófica concebida en unión vital con la fe" (*Fides et ratio*, 76), y es la que inspira nuestra tarea de pensar y estudiar; porque el señor Corona no es directivo de cualquier facultad de filosofía, sino de la que integra una universidad pontificia, cuyos estatutos señalan como "referente filosófico" a Santo Tomás de Aquino.

Dejemos de lado otras críticas que se podrían hacer desde una visión meramente académica, como señalar la frivolidad que pone en evidencia al no distinguir entre la filosofía, como ciencia del espíritu, y la filosofía, entendida como el cultivo de tópicos de café (por literarios que éstos sean).

Desde la perspectiva de la filosofía cristiana llama profundamente la atención que a lo largo de todo el reportaje, Corona ha evitado toda referencia a la verdad como objeto de la filosofía, sustituyéndola, en el mejor de los casos, con ambiguas alusiones a "la lucidez" o a los avatares de "la vida como lo único que debe importarle a la filosofía".

La actitud de Corona, ya fue prevista por Pío XII: "hoy no faltan quienes, como en los tiempos apostólicos, amando la novedad más de lo debido y temiendo ser tenidos por ignorantes de los progresos de la ciencia... se hallan en peligro de apartarse poco a poco e

insensiblemente de la verdad revelada y arrastrar también a los demás al error" (*Humani generis*, 6).

Pero mucho antes, esa postura fue denunciada por San Pío X: "Quieren que se renueve la filosofía...de suerte que, relegada la escolástica a la historia de la filosofía, como uno de los tantos sistemas ya envejecidos, se enseñe a los alumnos la filosofía moderna, la única verdadera y la única que corresponde a nuestros tiempos". Y el Papa santo, llamaba a los precursores de Corona: "Ciegos y conductores de ciegos, que inflados con el soberbio nombre de ciencia, llevan su locura hasta pervertir el eterno concepto de la verdad" (*Pascendi*, 37 y 11).

También Benedicto XVI, crítico de la "dictadura del relativismo", se refirió al tema en Cracovia el 26 de mayo de 2006: "Hoy se trata de crear la impresión de que todo es relativo: hasta la verdad de la fe dependería de la situación histórica y de la valoración humana. Pero la Iglesia no puede callar el espíritu de la verdad. No caigamos en la tentación del relativismo..."

II

Se puede reconocer como hecho, frecuente y saludable, que frente a un mismo aspecto de la realidad se expresen opiniones diferentes. El debate en torno a las ideas es connatural al hombre y, en cierta forma, la diversidad de teorías y pareceres ha impulsado el crecimiento de la humanidad en diversos órdenes.

Esto es bueno que exista también en el ámbito de la filosofía; el Papa Juan Pablo II lo destaca al señalar su autonomía y sus límites: "De poca ayuda sería una filosofía que no procediese a la luz de la razón según sus propios principios y metodologías específicas. En el fondo, la raíz de la autonomía de la que goza la filosofía radica en el hecho de que la razón está por naturaleza orientada a la verdad y cuenta en sí misma con los medios necesarios para alcanzarla. Una filosofía consciente de este 'estatuto constitutivo' suyo respeta necesariamente también las exigencias y las evidencias propias de la verdad revelada" (*Fides et ratio*, 49).

Todavía puede decirse más, ya que el orden temporal goza de legítima autonomía, habida cuenta la naturaleza opinable de muchas realidades temporales. Cuando a Jesucristo se lo quiso convertir en asesor impositivo, dejó zanjado el asunto con un musical aforismo: "Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" (Mc. 12, 17). El Concilio Vaticano II, por su parte, ha dicho que "el cristiano debe reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales" (*Gaudium et Spes*, 75).

Nótese que "pluralidad" se encuentra acotada por "legítima". Y ¿Cuándo una pluralidad no es legítima? ¿Cuál es el límite que separa el campo de lo opinable de lo que no lo es? La respuesta, para un cristiano coherente, es bien conocida: ese límite es la verdad.

El mismo Concilio ha señalado que debemos respetar y amar a los que sienten u obran distinto, pero también ha advertido que "esta caridad y esta benignidad en modo alguno deben convertirse en indiferencia ante la verdad y el bien" (*Gaudium et Spes*, 28). A lo que Juan Pablo II añadirá, en Filadelfia, el 3 de octubre de 1979: "La libertad...nunca puede construirse sin relación a la verdad, tal como fue revelada por Cristo y propuesta por su Iglesia, ni puede servir de pretexto para una anarquía moral, porque todo orden moral debe permanecer unido a la verdad".

La verdad entonces; la verdad siempre, como centinela para impedir los sueños y desvaríos de la razón que, como en el aguafuerte de Goya, engendra monstruos. Pero un conocimiento de la verdad que no debe quedar encerrado en el ámbito de la razón, sino que, como señala el mismo Pontífice el 15 de febrero de 1979, en una carta a los universitarios de México, "debe conllevar...una peculiar madurez espiritual que se presenta como la responsabilidad por la verdad: por la verdad en el pensamiento y en la acción".

Porque en efecto, es llevando la verdad a la acción, a la práctica, que la verdad nos hace libres (Jn. 8,32).

Así pues, cuando se trata de las enseñanzas de principios que atañen a cuestiones de moral fundamental, no puede haber espacio para las dudas: el pluralismo debe cesar. Porque como también ha señalado el Concilio: "si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras" (*Gaudium et Spes*, 36).

III

Juan Pablo II señala que "la filosofía moderna, dejando de orientar su investigación sobre el ser, ha concentrado la propia búsqueda sobre el conocimiento humano. En lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha preferido destacar sus límites y condicionamientos".

"Ello ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo. Recientemente han adquirido cierto relieve diversas doctrinas que tienden a infravalorar las verdades que el hombre estaba seguro de haber alcanzado. La legítima pluralidad de

posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas...todo se reduce a opinión...En consecuencia, han surgido actitudes de difusa desconfianza respecto de los grandes recursos cognoscitivos del ser humano. Con falsa modestia, se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social" (*Fides et ratio*, 5).

Hoy, se instala en la sociedad pluralista la idea de que nadie puede imponer sus convicciones a los demás y de que todos los temas son discutibles. Nadie tiene el monopolio de la verdad, se dice, y a partir de allí, incluso las mayores aberraciones pueden ser propuestas en nombre del pluralismo.

Lo primero que hay que observar es la hipocresía manifiesta de estos pluralistas, ya que sobran ejemplos del doble discurso que los caracteriza. Ellos, en efecto, exigen espacio para difundir sus ideas en nombre del pluralismo, pero lo niegan cada vez que pueden a quienes se atreven a refutar sus afirmaciones, en especial si éstos lo hacen en nombre de la verdad.

El pluralismo relativista es hipócrita porque le concede licencia a todo -droga, aborto, pornografía-, menos a la verdad. Porque, después de todo, ¿qué es la verdad? continuarán diciendo estos modernos procónsules.

La respuesta a esta pregunta -que Jesucristo no contestó, porque en rigor no había sido una pregunta- la formuló la tradicional enseñanza escolástica, también denostada por el decano Corona: la verdad es la adecuación del pensamiento con las cosas. En cambio, para los corifeos del idealismo moderno y sus herederos la verdad es lo que segrega mi mente y así puede haber tantas verdades como sujetos pensantes, no importa cuáles sean sus posibilidades de comprobación. La solución entonces es votar para que la mayoría decida entre el bien y el mal, la vida y la muerte, la lealtad y la traición; pero eso sí, previa domesticación de las masas por el discurso de los demagogos y la propaganda de los *mass-media*.

Frente a semejante desatino de la sociedad pluralista hay que afirmar la existencia de un orden natural del cual surgen los principios teleológicos y normativos supremos. Esto implica reconocer que la verdad existe, que obliga a todos y que puede ser conocida, pues como expresa Juan Pablo II, en su carta ya citada a los universitarios: "toda la realidad ha sido confiada como tarea al entendimiento y a la capacidad cognoscitiva del hombre en la perspectiva de la verdad, la cual debe ser buscada y examinada hasta que aparezca en toda su complejidad y simplicidad de conjunto".

IV

No se nos oculta que hay muchos hombres que no creen en esto. ¿Es admisible que uno de ellos sea decano de una universidad pontificia? ¿Puede admitirse que esa persona compare con el fútbol a "cierto tipo de religión", sin aclarar a cuál se refiere, para concluir que ambos se vuelven "una especie de opio del pueblo"? ¿Y no es aun peor que ese decano tenga como paradigma a Nietzsche, uno de los máximos exponentes del ateísmo filosófico, proclamándolo como "filósofo ejemplar"?

Nutriéndose de las corrientes que parecen dominar el espíritu del decano Corona, el hombre de nuestro tiempo ha puesto el acento en los medios, haciendo de ellos fines. Es que eliminado Dios como Creador porque no existe (o como dice Corona, "*las certezas absolutas no sirven para vivir*") y explicada toda la realidad a través del conocimiento científico, basado en la observación de los hechos y en la deducción matemática, es forzoso concluir que no hay más certeza posible que la que se puede ver o tocar, no hay más realidad que la que se puede explicar por el método experimental.

¿Qué dirá Corona del decreto del Concilio Vaticano I, que no ha sido derogado: "*Si alguno dijere que la luz natural de la razón humana es incapaz de conocer con certeza, por medio de las cosas creadas, el único y verdadero Dios, nuestro Creador y Señor, sea anatema*"? (*De la revelación*, 1).

¿Qué dirán este módico decano, y quien lo designó y apaña, de la certeza absoluta por la cual sacrificaron su vida temporal los mártires y los héroes? ¿Qué glosa acomodaticia podrá hacer de las palabras unívocas de Juan Pablo II: "El mártir es el testigo más auténtico de la verdad sobre la existencia. Él sabe que ha hallado en el encuentro con Jesucristo la verdad sobre su vida y que *nada ni nadie podrá arrebatarse jamás esta certeza*"? (*Fides et ratio*, 32).

Si no existen certezas filosóficas y religiosas absolutas, toda la realidad -y en particular la política- queda ahogada en lo económico, la norma moral -como lo pretendía Nietzsche- se ve como opresora del sentimiento y de la vida, y el hombre queda abandonado a sus inclinaciones y pasiones. Sólo adorará sus inventos, e incluso allí donde la naturaleza le ponga límites inmodificables, su espíritu rebelde lo llevará a venerar sus máquinas y a destruir el medio ambiente que pretende limitar su autonomía.

El hombre de nuestro tiempo vive muchas veces bajo el signo de la angustia porque los bienes de este mundo no pueden saciar su sed de absoluto. Es que, como afirma Gustave Thibon, "la sed de lo

absoluto...es la necesidad de un bien absoluto, incondicional, que no sea medido por el tiempo, por el espacio, por las vicisitudes de esta vida". De ahí la insatisfacción que genera este proceso, que sin embargo, no conduce a correctivo alguno. Por el contrario, sacrificado lo espiritual, el vacío generado se intenta llenar multiplicando las necesidades materiales, de las cuales acaba volviéndose un esclavo.

La tragedia del existencialismo ateo muestra la angustia de un hombre que navega entre la nada inicial y la nada final. Según Heidegger, de quien Corona se declara discípulo, vivir es agotarse en la realización de las propias posibilidades, y esto culmina en la nada, apostada allí, después de la muerte. El hombre es pura existencia y este existir es para la nada. Sin negar los esfuerzos del filósofo alemán, para experimentar la presencia del ser y suscitar el interés por la metafísica, podemos hacernos la pregunta que se formula Cornelio Fabro: "¿Será Heidegger... el último y más significativo síntoma de la 'aberración' teológica del pensamiento moderno?".

Si Corona hubiese hablado como cabría esperar de su cargo en una universidad pontificia, católica, habría dicho, con Antonio Millán Puelles, que es "el último fin del hombre aquello que en definitiva mide y regula de una manera moral las acciones humanas. Pero ese último fin, supremo rector u ordenador moral de nuestras acciones libres, es Dios mismo, a quien todo ente está esencialmente dirigido según su modo y naturaleza propia".

Cualquier filosofía que no se asiente en esta verdad absoluta, "no sirve para vivir".

Buenos Aires, noviembre 6 de 2006.

Bernardino MONTEJANO

Gerardo PALACIOS HARDY

Presidente

Vicepresidente